



PLAZA DE SAN JUAN

dados sin miedo, conquistar reinos, adquirir riquezas, y navegaban para esto en frágiles naves por el Atlántico y el Pacífico, salvando después los Andes con un viaje largo y penoso, que infunde asombro. Y cuando al fin llegaban a la tierra de promisión, tenían que dedicarse a la agricultura, que habían despreciado en su país; labrar la tierra, con menos comodidades que en la Península, empleando en estos menesteres sus brazos de héroes, avezados únicamente al manejo del arcabuz y la espada.

Como dice Sarmiento, la situación de las ciudades andinas revela la idea fija que guiaba a sus fundadores. Todas ellas fueron creadas bajo la obsesión de las minas de oro, buscando acceso a las montañas donde podían encontrar mineral, y olvidando absolutamente el contacto con las costas, que es ahora la mayor preocupación de los que piensan dedicarse al comercio. El desengaño y la necesidad impulsaron a los soldados españoles a convertirse en labradores, y la agricultura se fué desarrollando; pero sus frutos no encontraron salida, por hallarse las ciudades en aislados rincones de la montaña, lejos de las costas, defecto capital que sólo desde hace algunos años ha remediado el ferrocarril.

El fantasma del oro siguió perturbando durante dos siglos la tranquilidad de españoles y mestizos, que vivían una existencia plácida y monótona en la época colonial. La preocupación del vecindario sanjuanino, como el de otras poblaciones andinas, fué el descubrimiento de tesoros ocultos en la montaña, cuya existencia afirmaban numerosos cuentos y tradiciones. Estas esperanzas se perpetuaron hasta el siglo XIX, verificándose casi en nuestros días secretas expediciones a la cordillera para el descubrimiento de minas y tesoros, con arreglo a las instrucciones de algún baqueano, que decía haber heredado de los antiguos indios un buen «derrotero».

Consistía el «derrotero» en un itinerario misterioso transmitido de padres a hijos, mediante el cual podía descubrirse en lo más intrincado de los Andes los tesoros que ocultaron los antiguos jefes indígenas. Esta ocultación de riquezas era cierta en el Perú, en México y otros países, donde se habían descubierto grandes

enterramientos de oro. Como muchos de los conquistadores establecidos en San Juan y otras poblaciones andinas procedían del Perú, estaban dispuestos a aceptar crédulamente toda clase de itinerarios. Los indios del país halagábanles con sus relatos misteriosos y los «derroteros» que decían haber heredado de sus antecesores.

En los primeros años coloniales salieron de Mendoza y San Juan muchas expediciones de hombres a caballo, siguiendo a algún indio que les hablaba de un lejano país de riquezas, al que bautizaron los españoles con el nombre de Nuevo Cuzco. Marchaban días y días siguiendo al indio trapacero; daban vueltas por cañadas y mesetas, y ascendían lentamente las abruptas cimas, hasta que escaseaban los víveres y los expedicionarios comenzaban a perder la esperanza. Entonces el indio desaparecía durante la noche, y los expedicionarios, tras muchas penalidades, teniendo que matar sus caballos para mantenerse, y guiados por el instinto en tierras completamente desconocidas, volvían enfermos, andrajosos y mohinos al lugar de partida.

De aquella época en que los hombres vivieron agitados por el fantasma del oro, quedan en San Juan y otras provincias andinas algunos relatos maravillosos, semejantes a los antiguos cuentos árabes. Aun hay gentes que creen en «derroteros», por desgracia perdidos, viejos itinerarios que conducían rectamente al lugar de la cordillera donde se ocultan los tesoros.

Uno de estos lugares es el llamado «Casas blancas», que nadie sabe dónde está. Según la tradición, las «Casas blancas» se hallan en la cumbre de una nevada y escarpadísima montaña, a la que ningún hombre puede subir si le faltan las indicaciones del suspirado «derrotero», pues en él se marcan los puntos accesibles. Sólo los condores y las águilas llegan volando al lugar de los tesoros. De las techumbres de «Casas blancas» cuelgan pescuezos de guanaco, y amarrados a ellos hay muchas bolsas de pepitas de oro, que dejaron los primitivos indios, huyendo de otras tribus enemigas, mucho antes de que llegasen los conquistadores. Según el «de-



SAN JUAN. UNA CALLE

derrotero», gran parte del oro se ha derramado ya por el suelo a causa de haberse podrido con el curso del tiempo muchos de los pescuezos de guanaco.

Se comprende que con tales relaciones anduviesen los primitivos vecinos de San Juan desasosegados e inquietos, deseando correr la tierra con nuevas aventuras en las que arrostraban el hambre, la sed y la muerte. Muchos de los cuentos de los indios huarpes tenían cierto fundamento, pues los indígenas se referían indudablemente a las minas de oro que existen en la provincia de San Juan.

La vida de la ciudad durante los siglos coloniales fué monótona y frugal; mas no por esto faltaron familias patricias, poseedoras de grandes territorios, que en esta provincia de Cuyo llevaban la existencia fastuosa de los príncipes. No se ofrecían ocasiones de gastar el dinero en aquella sociedad de costumbres patriarcales, y los potentados empleaban la riqueza en el boato y adorno de sus personas.

En tiempos de la dominación española, el Perú y Chile eran más ricos y estaban en mayor contacto con la metrópoli que las costas del río de la Plata. La provincia de Cuyo, como dependiente de Chile, participaba de las ventajas de esta situación. Por ello, mientras en el litoral atlántico los vecinos de Buenos Aires y otras poblaciones eran rudos estancieros, que apenas si conocían las comodidades más elementales, los ricos de las provincias andinas gozaban de todos los refinamientos del lujo de la época.

Las familias más poderosas de Cuyo procedían de Chile y mantenían estrecha alianza con los próceres de este país por medio de frecuentes matrimonios. Los ricos cuyanos pasaban la cordillera para vivir con frecuencia en la aristocrática ciudad de Santiago ó enviaban a ella sus hijos.

Sarmiento, que alcanzó a ver de cerca los últimos restos de la vida colonial después de la Independencia, y escuchó, además, los relatos de su madre, que tenía una gran memoria y recordaba las costumbres cuyanas del siglo XVIII, habla en su libro *Recuerdos de provincia* de una gran señora que residía en San Juan,

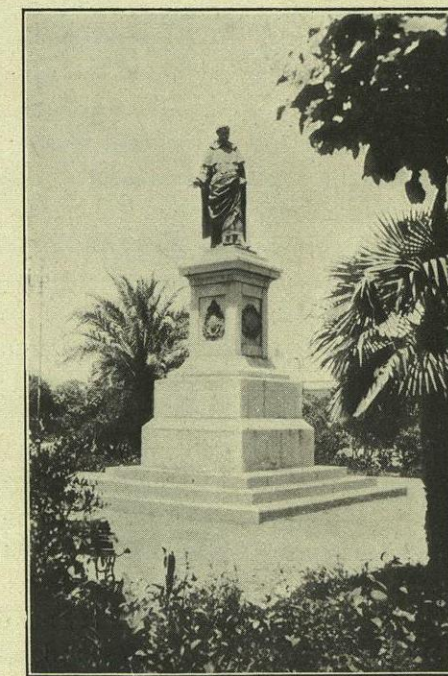
Doña Antonia Irrarrázabal, originaria de Chile. «Bandas de negros esclavos de ambos sexos — dice — la servían en su caserón, enorme como un palacio, con amplios salones amueblados según el gusto de la época, con ricos tapices, suntuosos estrados y pesados cortina-

jes. Dos esclavas jóvenes dormían en la dorada alcoba de Doña Antonia para velarla el sueño. A la hora de comer, una orquesta de violines y arpas, compuesta de seis esclavos, tocaba sonatas para alegrar el festín de sus amos, y en la noche, dos esclavas, después de haber entibiado la cama con calentadores de plata y perfumado las habitaciones, procedían a desnudar al ama de los ricos faldellines de brocado, damasco ó melanía que usaba dentro de casa, calzando su cuco pie medias de seda acuchilladas de colores, que por canastadas enviaba a *repasar* a casa de sus parientas menos afortunadas. En los grandes días, las telas preciosas recamadas de oro, que hoy se conservan en forma de casullas en la iglesia de Santa Lucía, daban realce a su persona, que en-

tre nubes de encajes de Holanda abrillantaban, aún más, zarcillos enormes de topacios, gargantillas de coral y un rosario de veturinas, piedras preciosas de color café entremezcladas de oro, y que divididas de diez en diez por limones de oro, torneados en espiral y grandes como huevos de gallina, iban a rematar cerca de las rodillas en una gran cruz de palo tocada en los Santos Lugares de Jerusalén y engastada en oro é incrustaciones de diamantes. Aún quedan en las antiguas testamentarias ricos vestidos y adornos de aquella época, que asombran a los pobres habitantes de hoy y dejan sospechar a los entendidos que ha habido una degeneración. Montaba Doña Antonia a caballo con frecuencia, precedida y seguida de sus esclavos, para dar una vista por sus viñas. . . Una ó dos veces al año tenía lugar en la casa una rara faena. Cerrábanse las gruesas puertas de la calle, claveteadas de enormes clavos de bronce, y poníanse en incomunicación ambos patios para apartar a la familia menuda. Entonces, cuenta mi madre que la negra Rosa, ladina y curiosa como un mico, le decía en novedoso cuchicheo: —



SAN JUAN. MONUMENTO A SARMIENTO



SAN JUAN. MONUMENTO A FRAY LUIS SANTA MARÍA DEL ORO



«Hoy hay *asoleo*». Aplicando con tiento una escalera de mano á una ventanilla que daba al patio, la astuta esclava alzaba á mi madre, aun chicuela, cuidando que no asomase mucho la cabeza, para atisbar lo que en el gran patio pasaba. Todo él, según cuenta mi madre, que es la veracidad encarnada, estaba cubierto de cueros, sobre los cuales se tendían al sol en gruesa capa los pesos fuertes ennegrecidos, para despojarlos del moho. Dos negros viejos, que eran depositarios del tesoro, andaban de cuero en cuero removiendo con tiento el sonoro grano. ¡Costumbres patriarcales de aquella época, en que la esclavitud no envilecía las buenas condiciones del negro fiel!... Fué la manía de los antiguos colonos á atesorar peso sobre peso y envejecerse de ello».

Los indios huarpes, que vivían en las tierras de San Juan cuando llegaron los conquistadores españoles, gozaban de una relativa civilización. Tenían ciudades de las cuales aun quedaban vestigios en la primera mitad del siglo XIX, compuestas de casas circulares y diseminadas, con el atrio hacia el oriente. También se han encontrado obras suyas de alfarería y objetos de oro macizo. Vivían de la pesca en las lagunas de Huanacache, de la siembra del maíz y, sobre todo, de la caza de los guanacos. Esta caza la han repetido durante siglos los sanjuaninos, todos los años en determinada época, hasta que comenzó á escasear el guanaco por efecto de tal persecución.

El jesuíta Alonso de Ovalle dice así, al escribir en el siglo XVII su libro sobre el reino de Chile: «Un corregidor y capitán general que fué de la provincia de Cuyo, me contó que luego que los indios huarpes reconocen las bandas de los guanacos, se les acercan y van en su seguimiento á pie y á un medio trote, llevándoles siempre á la vista, sin dejarles parar ni comer, hasta que dentro de uno ó dos días se vienen á cansar y rendir de manera que, con facilidad, llegan y los cogen y vuelven cargados con la presa á su casa, donde hacen fiesta con su familia, fabricando blandos y suaves pellones de los cueros, los cuales son muy calientes y regalados en el invierno».

Los españoles siguieron el sistema de caza de los huarpes, sin más modificación que la de realizarla á caballo, echando las voleadoras á los guanacos cuando los tenían á su alcance. Esta cacería se verificaba siempre á principios de primavera, cuando los guanacos se juntan en bandadas para internarse en los Andes, limpios ya en gran parte de nieves y con las laderas fertilizadas por el agua de los deshielos.

Ovalle habló dos siglos antes que Sarmiento de la gran habilidad de los huarpes para rastrear, ó sea para adivinar el paso de animales y personas por las huellas dejadas en el suelo.

Esta habilidad fué, sin duda, un resultado de la antigua caza á pie. «No dejaré de decir — escribe Ovalle — una singularísima gracia que Dios dió á estos indios huarpes, y es un particularísimo instinto para rastrear lo perdido ó hurtado. Contaré un caso que pasó en la ciudad de Santiago de Chile á vista de muchos. Habiendo faltado á cierta persona unos naranjos de su huerta,

llamó á un huarpe, el cual le llevó de una parte á otra, por esta y la otra calle, torciendo esta esquina y volviendo á pasar por aquélla, hasta que últimamente dió con él en una casa, y hallando la puerta cerrada, le dijo: — «Toca y entra, que ahí están tus naranjos». Hízolo así, y halló sus naranjos. De estas cosas hacen todos los días muchas de grande admiración, siguiendo con gran seguridad el rastro, ora sea por piedras lisas, ora por hierbas ó por agua».

El mismo Ovalle fué el primero en ver y proclamar el porvenir de la tierra de Cuyo y el gran resultado que la inmigración europea podía sacar de los campos de San Juan y Mendoza. Dos siglos antes de que llegasen las primeras inmigraciones, decía Ovalle: «No hay duda que si comienza á acudir gente de afuera, aquella tierra será una de las más ricas de las Indias, porque su gran fertilidad y grosedad no necesita de otra cosa que de gente que la labore y gaste la gran abundancia de sus frutos y cosechas».

Persisten todavía entre los mestizos de San Juan ciertas costumbres en las que se nota una mezcla de cristianismo y antiguas creencias indígenas. Ocurre que las gentes del país, que parecen haber heredado de los huarpes, perseguidores incansables de guanacos, la facilidad para caminar, emprenden larguísima viajes á pie y solos por desiertos, faltos de agua y de vegetación; marchas audaces cruzando las tierras desoladas, que llaman «travesías». Unas veces perecen de hambre, por no conocer bien el camino; otras les sorprende un huracán del invierno y mueren helados en estas llanuras incommensurables, donde no existe vivienda alguna ni quien oiga sus gritos implorando socorro. Son extensiones sin límites; tierras de maldición, que hacen pensar en un mundo muerto.

Muchos días después, cuando pasa otro viandante y encuentra el cadáver, coloca unas piedras sobre él para que no lo devoren los caranchos y otras aves de rapiña, fabrica con dos ramas espinosas una cruz y da aviso á la población más cercana.

Los parientes acuden desde enormes distancias para enterrar á la víctima, abriendo una fosa en el mismo lugar, y colocando sobre ella una cruz con el nombre del muerto. Junto á la tumba queda una cajita, un cacharro de cocina, una vieja lata de conservas, cualquier receptáculo, sujeto por dos piedras para que no lo arrastre el viento, y todos los caminantes se detienen para rezar una oración y depositar algunas monedas en el rústico cepillo. Por pobre que sea un viandante, no emprenderá una «travesía» donde sabe que hay una ó varias tumbas, sin que se provea de dinero para dejar una limosna en ellas.

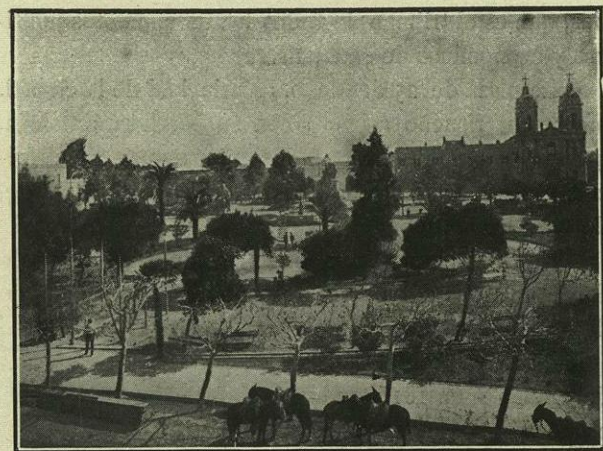
Estas tumbas gozan de mayor ó menor popularidad, según el suceso trágico que recuerdan. Muchos difuntos han sido olvidados, y no queda de ellos otra memoria que la cruz de su sepultura. Algunos son recordados y compadecidos como si su desgracia datase de la semana anterior. La «difunta Correa» goza de una celebridad póstuma. Fué una pobre mujer llamada Correa de apellido, que con un hijo suyo en brazos y ago-

biada por la miseria, se lanzó en pleno invierno por una larga «travesía» para llegar á casa de unos parientes. El frío y el hambre acabaron con ella y su pequeñuelo, y este drama de la soledad conmueve á las mestizas sanjuaninas, que ven en la tumba de la «difunta Correa» casi un lugar de peregrinación. En sus viajes hacen largos rodeos para aproximarse á ella y depositar una limosna en el cepillo.

No hay cuidado de que alguien toque una sola moneda de las depositadas en las tumbas. Cualquiera podría apoderarse impunemente de estas cantidades, que ascienden á algunos pesos. En la soledad este acto quedaría ignorado, y, sin embargo, no se da el caso de que la «difunta Correa» ú otro de los muertos del desierto hayan sufrido el más leve despojo. Las limosnas permanecen intactas sobre la tumba semanas y meses durante la estación invernal, hasta que llegan los parientes del muerto á incautarse de ellas. Nadie averigua con qué derecho disponen éstos de las limosnas, ni qué grado de parentesco los unía con la víctima. El que desea encargarse de la fortuna de un difunto, lo hace alegando parentescos más ó menos lejanos, y todos reconocen su derecho. Unas veces el dinero se gasta en misas; otras contribuye al sostenimiento de los vivos, que de este modo heredan algo todos los meses del infeliz pariente fenecido en el desierto.

Los difuntos prestan también en la soledad el oficio de banqueros. Á lo mejor pasa junto á una tumba célebre algún caminante fatigado y andrajoso que se dirige á otro distrito en busca de ocupación. No tiene dinero; le falta lo más preciso para subsistir cuando llegue al inmediato pueblo, y tranquilamente mete una mano en el cepillo apoderándose de todas las limosnas y rebañándolo hasta el último centavo. Luego, en un pedazo de papel mugriento ó en el borde de un periódico, traza con lápiz ó carbón unas cuantas líneas confesando su deuda y prometiendo al difunto devolver el préstamo cuanto antes. Deja el papel en el cepillo bajo una piedra para que no se lo lleve el viento, y rara vez ocurre que olvide su promesa.

Apenas gana algún dinero vuelve en busca del



SAN JUAN. PLAZA DE 25 DE MAYO

muerto, retira el recibo y le devuelve la cantidad, depositando además, como interés del préstamo, algún cirio para que la familia lo recoja y lo haga arder en la iglesia más cercana.

El crédulo mestizo no se atreve á engañar á los muertos. Antes se privará de lo más indispensable que olvidar la devolución del préstamo. Los hombres no le inspiran miedo. Es capaz de andar á cuchilladas, sin contar el número de enemigos, en bailes y velorios; pero siente un pavor irresistible por las ánimas del purgatorio, y sabe ciertamente que el difunto vendría á tirarle de los pies durante el sueño, como un acreedor rabioso, exigiéndole el pago de su deuda.

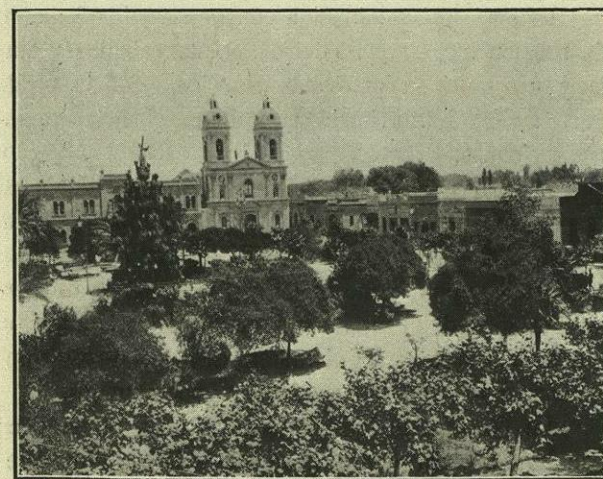
\* \* \*

La ciudad de San Juan ocupa una situación semejante á la de Mendoza, junto á las montañas altivas de la precordillera, que se extienden paralelamente al cordón central de los Andes. La ciudad aparece como una isla floreciente y verde en medio del cercano y árido desierto. Su clima es seco, pero muy saludable, desconociéndose en ella, según dicen, las enfermedades de la tisis y el asma.

Tiene más de 15.000 habitantes y abundan los buenos edificios, siendo los principales la Casa de Gobierno, la Biblioteca, la Escuela Sarmiento, el Colegio Nacional, la Escuela Normal, varias escuelas secundarias, clubs sociales y sucursales de Banco. El número de extranjeros residentes en San Juan es importante, figurando, en primer término, la colonia española, compuesta de ricos vinicultores, exportadores de pasas, cultivadores de chacras y dueños de establecimientos de molienda.

Esta colonia española se halla dividida en dos agrupaciones mantenedoras de diversos organismos benéficos, y todos sus individuos son gente activa y laboriosa, que contribuye al desarrollo de la riqueza del país.

Se halla gobernada actualmente la provincia de San Juan por el bizarro coronel Sarmiento, uno de los mejores artilleros del ejército argentino. Cerca de él desempeña las funciones de ministro el doctor Confortti, joven de vasta ilustración y grandes condiciones orato-



SAN JUAN. LA CATEDRAL



rias, que es el tribuno de todos los movimientos políticos y económicos de este país.

La plaza de 25 de Mayo, la principal de la ciudad, ofrece un risueño aspecto con su hermosa arboleda, que sirve como de marco á dos monumentos escultóricos: el de Fray Justo de Santa María del Oro y el del ilustre Sarmiento.

En otras plazas de la ciudad están las estatuas de Salvador María del Carril, gran político argentino, hijo de San Juan, y la de Narcio la Prida, presidente del Congreso de Tucumán en 1816, que proclamó la independencia de las provincias del Plata.

San Juan ha dado muchos hombres notables á la historia nacional. El fraile del Oro merece eterno recuerdo por su entereza republicana. Cuando Belgrano, Pueyrredón y casi todos los hombres de la Independencia eran monárquicos, incluso el general San Martín, soñando muchos de ellos con levantar un trono en la Argentina á la infanta Doña Carlota, que ofrecía los mismos defectos de Fernando VII, este valeroso fraile obligó, con su tenacidad y su energía, al Congreso de Tucumán á que proclamase la República. Don Salvador del Carril fué también otra inteligencia poderosa, servida por una voluntad enérgica... Pero sobre todos los grandes hombres sanjuaninos, descuella la figura del eminente Sarmiento,

artista genial, múltiple y tumultuoso, que supo infundir un alma nueva al país argentino.

Uno de los atractivos de esta ciudad es la visita de la pequeña casa colonial, en la que nació y pasó los primeros años de su vida el célebre escritor. Consiste en una modesta construcción de un solo piso, con angosto patio de paredes blancas, una higuera en el centro y algunos arbustos; patio que recuerda á los de la ciudad de Toledo. En este patio, y á la sombra de la higuera, tejía sus telas la señora Paula Albarracín, tipo de matrona á la antigua española, que fué madre del genial artista.

La familia de Sarmiento, venida á menos en los primeros años del siglo XIX, procedía, sin embargo, de la más noble estirpe de los conquistadores. La arrogante acometividad del escritor, su testarudez heroica y su apasionamiento arrollador y ruidoso, recuerdan á los antiguos hidalgos guerreadores que se embarcaron para las Indias Occidentales.

Su padre, que por la decadencia económica de la familia, fué simple empleado de una estancia, llegó á capitán en las tropas de la Independencia, y sus ami-

gos le apodaban *Patria vieja*, por sus entusiasmos patrióticos. La madre representaba en el hogar la previsión, la prudencia y la sabiduría, así como las ideas del pasado, contra las que chocó muchas veces el carácter innovador y revoltoso del joven Sarmiento. Causa cierta emoción la visita á esta pequeña casa, sobria de adornos y de austera limpieza, primer escenario de un carácter inquieto, que al desarrollarse ensanchó con su expansión al país, dándole las primeras modalidades de pueblo moderno y preparando su situación presente.

Abundan en San Juan los edificios de lujoso aspecto, como en las grandes ciudades argentinas. Las paredes de los huertos y las casas de los pobres son de barro, formando en algunos sitios gruesos murallores; pero las viviendas de los ricos tienen en sus fachadas columnas, cornisas y frontones, lo mismo que los edificios de Buenos Aires. Ha sufrido San Juan varios terremotos, y como recuerdo de tales cataclismos se ven todavía columnas partidas, cornisas rotas y muros resquebrajados.

Esta ciudad goza de gran prosperidad comercial gracias á su producción agrícola, y hay en ella ricos bodegueros que manejan capitales enormes. En medio del campo se encuentran bellos edificios de reciente construcción, que imitan la arquitectura de las villas italianas ó de los castillos france-

ses. Son las residencias de los vinicultores. Junto á ellas se extienden, casi formando un pueblo, los talleres de tonelería y las bodegas con sus naves de catedral, en las que se alinean los conos gigantescos llenos de líquido.

La ganadería sanjuanina consta aproximadamente de 100.000 vacas, 80.000 ovejas, 70.000 caballos y mulas y otro tanto en las demás especies. Además, en la parte andina del territorio se explotan rebaños de alpacas y vicuñas.

Los educacionistas argentinos se quejan del poco desarrollo que alcanza la instrucción pública en esta provincia. De llevar otro nombre, tal vez no inspirase tales quejas; pero como San Juan es la patria de Sarmiento, gran defensor de la escuela, llama la atención que no aparezca mayor el número de sus centros de enseñanza. Estos son 110, con unos 14.000 alumnos.

La Escuela de Ingenieros de Minas, fundada en San Juan por Sarmiento, lleva una vida lánguida, pues hay años que no llega á tener 30 alumnos. Bien es verdad que esta carrera no ofrece grandes atractivos, pues



SAN JUAN. CASA DE GOBIERNO

la minería argentina se halla en estado embrionario, y casi todas las explotaciones mineras son dirigidas por extranjeros. Sin embargo, los centros instructivos de la capital resultan tan notables como los de las mejores provincias, no por su instalación, sino por la enseñanza que se da en ellos. Especialmente la Escuela Normal y el Colegio Nacional merecen elogios. Las maestras sanjuaninas son de gran cultura, y muchas de ellas van á dirigir escuelas fuera de la provincia ó en los territorios nacionales.

Después de la ciudad de San Juan, el centro de población más importante es Jachal, que sostiene con Chile un activo comercio de ganados; San Agustín,

Caucete, Alto de la Sierra y otros. Los viajeros visitan como obras notables el dique de irrigación y el valle de Zonda, donde las plantas, al abrigo de las montañas, toman considerables proporciones, y las parras se esparcen formando tupidos sombrajes.

La viña es la reina y señora de San Juan. Á ella se debe la prosperidad de la provincia y hace que ésta rivalice dignamente con la vecina Mendoza.

Ambas provincias proporcionan á la Argentina casi todo el vino nacional. Así como en España, cuando pasa un hombre ebrio se afirma que está «entre Pinto y Valdemoro», en la Argentina se dice que se halla «entre San Juan y Mendoza».

## MENDOZA

La más importante de las provincias andinas es Mendoza, y una de las primeras de toda la República. Santa Fé, Tucumán y Córdoba le disputan la preeminencia en punto á riqueza y producción; pero Mendoza las supera en carácter propio, pues por hallarse lejos de Buenos Aires tiene que desarrollar mejor sus iniciativas y bastarse á sí misma.

Tal es su independencia al pie de los Andes, separada del litoral por provincias más pobres é insignifi-

cantes, que en ciertos aspectos de su vida parece Mendoza una República aparte, y sólo cuando se ve la bandera blanca y celeste en los edificios del gobierno, se recuerda que no es más que una provincia argentina. Su gobernador goza casi de tanta importancia como un presidente de República, y las fuerzas de policía que se hallan á sus órdenes forman un verdadero ejército. La riqueza del país, basada en la producción vinícola, permite cuantiosos gastos y el man-



EL FERROCARRIL ANDINO EN EL PASO DE USPALLATA (Plena cordillera).